

De nuevo aquí con ustedes para proseguir la narración de algunos hechos vividos durante mi estancia en Lobera de Onsella. Es probable que hayan oído hablar de la curiosa afición que tienen las agujas, especialmente las de coser, de corretear por los vasos sanguíneos de nuestro cuerpo camino del corazón. Esta controvertida creencia, verdadera para muchos y falsa para otros tantos, ha sido utilizada a menudo como arma arrojadiza para ahuyentar a los niños de los lugares que entrañaban cierto peligro para su integridad física. A ella recurrían mi abuela y mi madre, en mi época infantil, cuando intentaba acercarme al costurero con intención de coger las tijeras para llevar a cabo algún que otro desaguizado. “No toques la cestita de la costura”, me decían. “Si te clavabas una aguja, correrá por todo tu cuerpo hasta llegar al corazón”. El remedio era mano de santo y surtía el efecto deseado de inmediato. No era para menos.

El contenido del costurero era tan variado como si de un auténtico bazar turco se tratara. Allí había de todo: agujas normales de coser, laneras, y hasta colchoneras, clavadas todas ellas en una almohadilla de tela o en una esponja, que al tomarla en nuestras manos, solía sorprendernos con algún que otro doloroso pinchazo, provocado por alguna aguja traicionera escondida en su interior. Existía también una buena reserva de hilo enrollado en forma de carrete, canutillo o madeja; botones de todas las formas, tamaños y colores; dedales dorados y plateados; hebillas, cremalleras, pinzas, tubitos llenos de alfileres, metro de cinta, cortaúñas, ganchillo, retales de tela para los remiendos, o procedentes del arreglo de los bajos de los pantalones, etc. Era increíble cómo podían almacenarse tantas cosas en un recipiente relativamente tan pequeño. Pero las herramientas más valiosas y peligrosas eran las tijeras. Las había de tres tipos: las viejas, de color ya grisáceo, que más que cortar, mordisqueaban la tela; las nuevas, conocidas también como “las buenas”, y las pequeñas y curvadas, que solían utilizarse en los bordados. Visto lo cual, no era de ningún modo recomendable que las manos infantiles hurgaran en ese mundo misterioso del canastico de la costura. Había que inventar un método radical y efectivo para alejar a las inocentes criaturas de ese peligro en potencia. Y para ello, nada mejor que recurrir a la leyenda de las agujas viajeras, según la cual, cuando una de esas puntas de acero consigue introducirse en nuestro cuerpo, viaja y viaja sin parar por el torrente sanguíneo hasta alojarse en el corazón.

Pero no crean ustedes que esto de las agujas andarinas son cosas del pasado, cuentos de brujería o leyendas que se aprovechaban de la inocencia infantil para atemorizar a los niños. No. La cosa sigue totalmente vigente en la actualidad. Precisamente ayer, navegando por Internet en busca de información sobre este tema, pude comprobar, para mi asombro, que de las 37 personas que intervenían en un foro relacionado con este asunto, 21 de ellas afirmaban que se trata de un hecho verídico, real como la vida misma, que no admite la más mínima duda, mientras que las 16 restantes sostenían que es un bulo, un engaño, utilizado por las personas sin escrúpulos para asustar a los débiles y apocados. Sin embargo, tanto los crédulos como los incrédulos aconsejaban que si se daba el caso de que alguien se clavaba una de

esas picaronas agujas, acudiera lo antes posible al médico.

Las agujas y el torrente sanguíneo, ¡qué miedo! Quienes creen en la movilidad de las agujas a través de nuestro cuerpo relatan sucesos espeluznantes que siguen produciéndose en nuestros días, como el de aquella niña que se fue a la cama con una aguja prendida en su pijama y mientras dormía se le clavó en el cuerpo y fue navegando por el torrente sanguíneo hasta llegar al corazón. O aquel otro de la señora que, lavando la ropa, se clavó una aguja sin dar mayor importancia al pinchazo, y al cabo de una semana tuvieron que sacársela porque le estaba obstruyendo los conductos del corazón. O la noticia más reciente, según la cual unos cirujanos de la ciudad colombiana de Neiva tuvieron que operar a una niña de 11 años para extraerle una aguja que tragó por accidente y que se alojó en su corazón. Aunque entre los participantes en el foro citado había algún que otro médico, que aseguraba rotundamente que todo esto de las agujas viajeras es una patraña, ¿quién no siente cierto temor ante los casos reales que se acaban de mencionar?

Cuando una creencia se ha transmitido de generación en generación y ha llegado hasta los más alejados confines de la tierra, algo tiene que haber en ella de verdadero. Si quieren conocer más datos sobre las malas pasadas que pueden llegar a jugarnos las caprichosas agujas, voy a contarles lo que ocurrió durante nuestra estancia en Lobera de Onsella, allá por los años sesenta y tantos.



